

# LA CRISIS DEL LIBERALISMO Y LA MISION DE LA UNIVERSIDAD

Por el

Abog. SALVADOR AZUELA

Jefe del Departamento de Acción Social  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

**D**ESPUES de la Guerra Europea, la reiterada referencia a la crisis del liberalismo se ha convertido en tópico vulgar. La gigantesca concentración de poder que trajo aparejada el conflicto guerrero de 1914 a 1918, el advenimiento de las dictaduras de izquierda y derecha ocurrido en los últimos tiempos y la ruptura de los sillares económicos del régimen capitalista, constituyen los antecedentes inmediatos de esa impetuosa corriente social que pretende desplazar en su totalidad, como uno de tantos emblemas que nos legara la retórica del siglo XIX, el valor de la libertad, sosteniendo que su significación se encuentra ya superada en la historia de las ideas políticas. Este proceso culmina en la concepción fascista del Estado totalitario, del Estado como un fin en sí mismo, dotado de atribuciones para extender su influencia hasta los más íntimos re-

pliegues de la vida de los individuos y de las colectividades. Tal parece que ha perdido su vigencia la fórmula ideológica que postula la necesidad de limitar la ingerencia del Estado, cuando actúa por medio de sus órganos gubernativos.

El pensamiento liberal del siglo pasado, preparado por la corriente romántica y racionalista que hizo posible la Revolución Francesa, construyó una falsa interpretación conceptual de la sociedad, al considerar los fenómenos de la convivencia humana, como producto del simple agregado aritmético de los individuos que la componen. No, no solamente existe el individuo en frente del Estado. Por virtud de toda suerte de solicitaciones de orden político, educativo, moral, económico, etc., entre el individuo y el Estado circula el impulso vital de los grupos que, al concretar su acción, sirven de canal adecuado para satisfacer múltiples exigencias y necesidades. El movimiento sindical de los trabajadores, entre otros hechos de la época que pudieran invocarse al respecto, se

encargó de demostrar la falta de realidad del individualismo atómico. Además, las consecuencias crudelísimas del trabajo industrial, originariamente sin cortapisas para utilizar la energía de hombres y mujeres, ajeno a la menor regulación jurídica de los problemas de salario, jornada de trabajo, enfermedades profesionales, etc., pusieron de manifiesto el fracaso del liberalismo económico, paladín de la libre concurrencia, abriendo paso a las organizaciones obreras.

¿El fracaso de la posición liberal en materia económica legitimando el intervencionismo de las autoridades políticas en la ordenación de las necesidades materiales de la sociedad, autoriza, empero, el retorno al Estado-Iglesia? ¿Consecuentemente, la ampliación de las actividades estatales debe alcanzar tal volumen que los tenedores del poder público, siempre transitorios, en nombre del Estado puedan pretender asumir el papel de depositarios de la verdad absoluta y definidores infalibles de los nuevos dogmas? ¿Es que la naturaleza de las funciones del Estado, estructurada en atención a las urgencias puramente externas de la existencia social, posee la posibilidad siquiera remota de regimentar la vida interior de las gentes? El escueto enunciado de estas preguntas revela lo absurdo de su realización. Porque si es conveniente, para evitar manifestaciones contrarias a la solidaridad, limitar la libertad individual, las barreras señaladas en ese sentido no podrán nunca trasponer el umbral de la conciencia, sin privarnos del rango de personas, para caer en la negación del noble concepto kantiano de la libertad, que estima a cada hombre como el medio del fin de sí mismo y de ninguna manera como el medio del fin de otro hombre.

De tal modo, la libertad adquiere la categoría de supuesto irrenunciable en la obra de la cultura, que en su aspecto exclusivamente científico se asienta en el cotejo y la revisión constantes de todas las hipótesis y las experiencias, en la polémica entre los principios y los corolarios; obra cuyo aliento creador exige en plenitud la libertad crítica.

En las zonas morales más calificadas del mundo moderno, se inicia vigorosa una tendencia contra la "estodalatría", en defensa de los valores del mundo interior; de la búsqueda de cauces para que la vocación—esencia de la personalidad—se manifieste, eliminados los impedimentos que por una injusta organización colectiva, la han venido frustrando; porque cada hombre pueda valorizar su propia experiencia y la experiencia de los demás y darle

expresión cabal, sin lesionar los intereses sociales que a las formas jurídicas corresponde definir y sancionar.

Lo grave del hundimiento de un orden sustentado en el afán adquisitivo de riquezas, en el apetito de aumentar la ganancia, es la atmósfera de angustia, confusión y desconcierto que envuelve al mundo. En tanto que los falsos amigos de los humildes procuran envenenarles el alma de odio contra todas las superioridades auténticas, nacidas del talento o la virtud, muchos de los intelectuales de profesión se encierran en una postura suficiente y desdeñosa. La Universidad, a mi juicio, debe combatir por igual ambas actitudes.

Así la posición simpatizante de la Universidad Nacional para la causa de los oprimidos, ni excluye el decoro de la inteligencia, ni implica sujeción a ninguno de los esquemas ideológicos que aspiran, sin lograrlo, a ser el recipiente definitivo de la historia. Universidad implica universalidad, reclama libre examen, a menos de servir de escondite a fuerzas confesionales o sectarias, y por ende, extra-universitarias.

Padecemos los mexicanos un rebajamiento creciente de nuestra calidad moral, una ausencia total de entereza para denunciar los desafueros de los poderosos y las corruptelas que de tales desa-

fueros se desprenden. Por eso, la misión básica de la Universidad Mexicana, en un plano estrictamente cultural, estriba en despertar y fortalecer el espíritu de dignidad de la República. Su simpatía para los trabajadores no es una moda impuesta por razones de política circunstancial, puesto que está condicionada por el mantenimiento de las mejores esencias de la emoción libe-

ral, en el único rumbo en el que el liberalismo es una cruzada con permanente valor de actualidad: el de la libertad del espíritu, desde Sócrates hasta nuestros días. Libertad sin la cual todas las transformaciones sociales de nuestro tiempo, habrán de quedar reducidas, por ley inexorable, a puro alarde verbal de oportunistas que con rubros distintos aspiran a edificar una casta cerrada de poseedores de la verdad y del bien, mucho más nociva que las tiranías del dinero.

Al entender de esta guisa cuál es la trayectoria de su responsabilidad, la Universidad se defiende a sí misma y defiende a la Revolución del peligro mortal de la anquilosis y el estancamiento.

